

Ignatius J. Reilly



Una gorra de cazador verde apretaba la cima de una cabeza que era como un globo carnoso. Las orejeras verdes, llenas de unas grandes orejas y pelo sin cortar y de las finas cerdas que brotaban de las mismas orejas, sobresalían a ambos lados como señales de giro que indicasen dos direcciones a la vez. Los labios, gordos y bembones, brotaban protuberantes bajo el tupido bigote negro y se hundían en sus comisuras, en plieguecitos llenos de reproche y de restos de patatas fritas. En la sombra, bajo la visera verde de la gorra, los altaneros ojos azules y amarillos de Ignatius J. Reilly miraban a las demás personas que esperaban bajo el reloj junto a los grandes almacenes D.H. Holmes, estudiando a la multitud en busca de signos de mal gusto en el vestir.

Ignatius percibió que algunos atuendos eran lo bastante nuevos y lo bastante caros como para ser considerados sin duda ofensas al buen gusto y la decencia. La posesión de algo nuevo o caro sólo reflejaba la falta de teología y de geometría de una persona. Podía proyectar incluso dudas sobre el alma misma del sujeto.

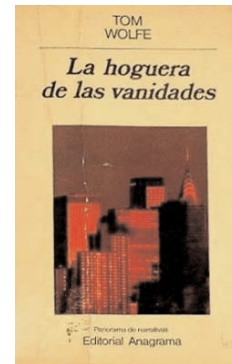
Ignatius vestía, por su parte, de un modo cómodo y razonable. La gorra de cazador le protegía contra los enfriamientos de cabeza. Los voluminosos pantalones de tweed eran muy duraderos y permitían una locomoción inusualmente libre. Sus pliegues y rincones contenían pequeñas bolsas de aire rancio y cálido que a él le complacían muchísimo. La sencilla camisa de franela hacía innecesaria la chaqueta, mientras que la bufanda protegía la piel que quedaba expuesta al aire entre las orejeras y el cuello. Era un atuendo aceptable, según todas las normas teológicas y geométricas, aunque resultase algo abstruso, y sugería una rica vida interior.

Cambiando el peso del cuerpo de una cadera a otra a su modo pesado y elefantiaco, Ignatius desplazó oleadas de carne que se ondularon bajo el tweed y la franela, olas que rompieron contra botones y costuras. Una vez redistribuido el peso de este modo, consideró el gran rato que llevaba esperando a su madre. Consideró en especial el desasosiego que estaba empezando a sentir. Parecía que todo su ser estuviera a punto de estallar, desde las hinchadas botas de ante, y, como para verificarlo, Ignatius desvió sus ojos singulares hacia los pies. Los pies parecían hinchados, desde luego. Estaba decidido a ofrecer la visión de aquellas botas hinchadas a su madre como prueba de la desconsideración con que le trataba. Al alzar la vista, vio que el sol empezaba a descender sobre el Mississippi al fondo de la Calle Canal. El reloj de Holmes marcaba casi los cinco. Ignatius estaba puliendo ya unas cuantas acusaciones cuidadosamente estructuradas, destinadas a inducir a su madre al arrepentimiento o, por lo menos, a la confusión. Tenía que mantenerla en su sitio.

Toole, John Kennedy: *La conjura de los necios*
Barcelona, Anagrama, 2001 (p. 15-16)
Signatura de la Biblioteca: **82-KEN-con**

Ignatius J. Reilly es el personaje de la gran obra de John Kennedy Toole, *La conjura de los necios*. Representa el prototipo de hombre vago, inadaptado, delirante, grotesco, egoísta e inmaduro que sueña con que la vida medieval y su moral vuelvan a reinar el mundo. Escribe cientos de cuadernos en los que se vuelca contra esta sociedad moderna a la que cree carente de “decencia y buen gusto”, y éstos inundan desordenados su habitación con la idea de reunir algún día su obra maestra. A pesar de sus treinta años, vive todavía con su excéntrica madre, y para salvar una deuda, se ve obligado a buscar trabajo, nueva forma de esclavitud, encontrándose un mundo hostil poblado de personas infelices, absurdas y patéticas. Todos forman parte de la insufrible modernidad de la que no escapó ni su propio autor, Kennedy Toole, al quitarse la vida con sólo 31 años.

“Cuando un verdadero genio aparece en el mundo, lo reconoceréis por este signo: todos los necios se conjuran contra él”. J Swift



Los escritores norteamericanos

describieron la inutilidad y la crueldad de la guerra, el materialismo de los felices años veinte, la era del jazz, la depresión económica y el declive del “Sueño americano”, dejándonos obras que te invitamos a leer y que no pueden pasar desapercibidas:

El gran Gatsby (F. Scott Fitzgerald),

Fiesta (Ernest Hemingway),

¡Absalom, Absalom! (William Faulkner)

Manhattan Transfer (John Dos Passos),

La hoguera de las vanidades (Thomas Wolfe)

El halcón Maltés (Dashiell Hammett)

Trópico de cáncer (Henry Miller)

El talento de Mr. Ripley (Patricia Highsmith)

Raymond Chandler,

John Steinbeck...

